





SÍ, ¿QUIERO?



Anny García

SÍ, ¿QUIERO?



Primera edición: junio de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Anny García

ISBN: 978-84-17784-82-9

ISBN digital: 978-84-17784-83-6

Depósito legal: M-24335-2019

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







«¡Me caso! ¡Me caso!».

Retumbaban en mi cabeza las palabras mágicas, que cualquier joven sin suerte en el amor, como una servidora, nunca hubiera deseado escuchar.

Y eso no significaba que no me alegrara por mi amiga Rebeca, ¡cómo no iba a hacerlo! Una boda siempre es motivo de alegría... Claro, siempre y cuando, ¡tengas con quién compartirla! ¡Dios mío, qué depresión...! Esto no puede ir a peor... Pero no, prefiero empezar por el principio.

Me llamo Bárbara. Aunque, entre nosotros, todo el mundo me llama Baby desde la cuna. Tengo dieciocho años... (¡Sí, solo tenemos dieciocho años por favor! ¡¿Cómo puede ser que se vaya a casar?! ¡¿Está loca o qué?! ¡Pero si somos muy jóvenes...! ¿Por qué nadie me lo ha pedido ya? ¡Yo también me quiero casar!). Estoy en mi primer año de universidad. Sí. Estudio Filología Clásica; vamos, que las lenguas muertas son mi especialidad. Porque... lo que son las vivas... ¡Se me dan bastante mal! Sobre todo, el público masculino. No sé por qué, pero desde que iba al instituto, nunca logré entablar una conversación con alguno de ellos más allá de un: «Hola, ¿qué tal?» y no os penséis que había respuesta, porque ni siquiera daba la oportunidad de hacerla llegar. Una vez lanzada la pregunta yo me empezaba a saturar y... ¡Ya no daba más!

Así que... Ahí estaba. Delante de mi libro de griego, intentando descifrar un texto de códigos que ni siquiera era capaz de pronunciar, pero que os puedo asegurar que se me daba mejor manejar que cualquier jerga del ámbito varonil.

—¡Vamos Baby! ¡Llegarás tarde a clase! —escuché las quejas de mi madre, detrás de la puerta.

Al llegar a la cocina, ahí estaba mi padre, vestido de traje para afrontar un nuevo día en la oficina.

—Buenos días, Babita —me saludó, mientras me pasaba cariñosamente su mano por la cara.

—Papá, por favor. Te he dicho mil veces que no me llames así. ¡Suena fatal!

—Es cierto, papá —entró en escena mi hermana pequeña; esos seres inútiles que solo nacen para incordiar—. Mejor llámala «baba» a secas, ¡porque ya le queda poco para chochear al paso que va!

—¡Pero bueno, ¿tú eres idiota o qué te pasa?! ¡Lo que me faltaba ya, que la mocosa esta me empiece a vacilar! —dejé caer enfurecida, mientras le lanzaba las migas de la magdalena, con toda mi maldad.

En cuestión de segundos, se abrió una guerra en la cocina.

—¡Vale, venga! ¡Parad ya! —saltó enfurecida mi madre, arrebatándonos las magdalenas de las manos, y espachurrándolas contra la mesa.

¡Dios! Si es que cuando se ponía la tía... ¡Podía llegar a ser de retorcida...!

Sin embargo mi padre... Era un ser inmutable. Ahí estaba, sin apartar la vista de su *Marca*. Ya podía estar ardiendo la casa, que el fichaje nuevo del Real Madrid valía más que todo nuestro hogar. Y por muy feo que suene, era una realidad, porque... ¡Joba! ¡¿Cómo pueden ser capaces de pagar esas cantidades por un par de piernas?!

—Rebeca se casa.

—¡¿Cómo que se va de casa?! —dejó caer mi padre sorprendido, mientras se le escurrían las gafas de leer.

—¡Que no se va de casa! Bueno, en cierta manera, sí. Cuando se case.

—¡Ay, por favor! ¡¿Pero cómo se va a casar?! ¡Si es muy jovencita! —dejó caer mi madre asustada, mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—Perdone, señorita —saltó mi padre—, pero ya tiene edad. Lo raro es lo de esta —dijo señalándome, y hablando de mí en tercera

persona, como si no existiera—, que con la edad que tiene... ¡No haya traído ni a un hombre a casa!

—¡Hugo! —exclamó mi madre, horrorizada de nuevo.

—Sí, yo también pienso que es una rara. No te preocupes papá, que en cuanto encuentre un hueco, yo te presento a Arturo.

—¡Nora, por favor! ¡¿Dime que es una broma?!

—¡¿Por qué, mamá?!

—¡Porque tienes catorce años, renacuajo!

—¡Perdona, pero lo que es raro es lo de esta! —volvió a saltar, mientras me despreciaba con la mano—. Mira, si quieres yo le puedo decir a una de mis amigas que tiene un montón de pibes, que te preste uno para presentarlo en familia. ¡Mira, Natalia! Tiene... a ver... «al Richi», «al Kevin», «al Jhoni» ... ¡«El Jhoni», sí! ¡Ese sí que está centrado!

—¡¿Pero, qué Kevin ni leches?! ¡¿Qué me estás contando enana?! ¡¿Te crees que me voy a poner a salir con un niño de catorce años?! Tss...

—¡La guay! —saltó, mientras lanzaba el cuchillo de la mantequilla contra el plato—. Pues deberías estar agradecida. Que «el Jhoni» me dijo el otro día que estabas de muy buen ver, y no creo que a tu edad, muchos más chicos de la mía te vayan a piropear, además, podrás pensar que es un niño pero... ahí dónde lo ves, tiene madera de artista. ¡Ya ha salido dos veces en la televisión!

—¡¿Ah, sí?! —exclamó mi madre sorprendida, mientras ponía cara de emoción. No si... ¡Veréis! Esta ya se ve en el reportaje del *Hola* con la bata de cola, ¡como «La Faraona»!

—¡Oye! ¡Pues ese nos interesa hija!—saltó mi padre, mientras me propinaba un codazo con el que casi tengo que ir a buscar el cubierto al otro barrio—. Y, ¿en qué programa dices que lo emiten al chaval?

—¡Pero papá!, ¿qué dices? Siendo amiga de esta, seguro que en *Callejeros*, sentado en el parque, bebiendo de la litrona.

—¡Pues no, lista! ¡Es en otro de más nivel! ¡Le dedicaron un programa exclusivo a él! Y encima, tuvieron hasta que alargarlo,

porque había tanto contenido que sacar de su vida, ¡que no daba con la media hora acordada!

—¡Pero bueno! ¡Ese chico es un filón! ¿Cuándo nos lo traes para presentárnoslo? —dejó caer mi padre emocionado.

—Eh... Bueno, tranquilo. Tendré que decidir si quiero, ¿no?

—¡Tsss! ¡Déjate aconsejar, Baby, por favor... Que vamos mal!

—Bueno, la verdad es que... No sé cuándo te lo podré presentar todavía porque las normas de su residencia, son muy estrictas.

—¿Residencia?! —saltó mi madre de nuevo, extasiada—. ¡Ay, Dios mío, Hugo! ¡Que el niño es universitario! Muy bien hija, tú codéate con las altas esferas —volvió a decir, orgullosa.

—¿Pero qué universitario, mamá?! ¡Si no ha acabado ni la Secundaria! Pero es un buen chaval... Lo que pasa es que... Ha tenido mala suerte el pobre...

—Pero entonces, ¿de qué residencia hablas?!

—¡Toma! La del centro de menores, que no te enteras de nada. A ver de qué iba a salir sino, en el programa: *Todavía hay esperanza para ti*.

—¿En qué?! —saltaron mis padres a la vez, con cara de horror.

—¿Pero en ese programa no salen chicos que no están muy centrados?

—Por favor... Por favor... Por favor...—empecé a entonar, mientras me daba cabezazos contra la mesa sin parar.

—¡Vale, vale! ¡Eh, pero que si no quieres, no pasa nada! Pero luego no te quejes, cuando digas que no tienes suerte...

Preferí no contestar.

¡Ni hacer caso a mi hermana, por supuesto! Ya me veía en el *buga* del tal «Jhony», con el moño a lo alto, y sujetando bien los apuntes con las manos, para que en uno de los «trompos» no se me salieran volando.

—Bueno, mira —volvió a saltar mi madre, esta vez amenazando con la bayeta en alto—. Tú lo que tienes que hacer ya a esta edad Baby, es dejar de pensar en tonterías y fantasías como cuando tenías quince años, e ir a por lo seguro. Yo voy a hablar con mi amiga Encarni que...

—¡No, no, no! ¡Mamá! ¡El hijo de la Encarni no! —salté como una descosida, sin dejarla terminar.

—¡Uy! ¿¡Pero por qué no?! Mira, no sé qué tendrás en contra del chaval, pero es muy buen partido; con él, ¡ya tenías la vida solucionada!

—Hombre, mujer —dejó caer mi padre, que había dejado de lado los fichajes del Real, para poder prestar un poco de atención al asunto—. Entenderás que tu hija no quiera salir con un chico «tan» especial...

—¡Uy, especial dice! ¡Bien majo que es! Encima, ¡tú cállate! Que basta que le digas esas cosas, para que la niña no quiera.

—¡Por favor, mamá! No hace falta que nadie me diga nada. Si me acuerdo que cuando éramos pequeños, y nos poníamos a jugar; no jugaba como un niño normal. ¡Hasta para hacer la mezcla de la escayola me hablaba de estadísticas!

—¡Ah, pues mira! A lo mejor gracias a eso, está estudiando Astronomía. Y no como tú... «Filología» —dejó caer con un retintín que no me gustó nada.

—¿Perdona?! ¿Puedes volver a repetirme eso?! —dejé caer cabreada, mientras me giraba a observarla.

—Nada, hija nada. No te digo nada que luego te pones hecha un basilisco, te perturbas, ¡y a ver las sesiones del psicólogo quién las paga!

—¿Qué hay que pagar de qué?! —despertó mi padre de sus ensoñaciones, dejando el periódico a un lado.

No si... Tendrá mucha sangre de La Vega de Pas, pero cuando escucha el tema del dinero, ¡le sale un ramalazo catalán...!

—No si... Sabíamos que no ibas a llegar muy lejos. En cuanto tu profesora de Preescolar me llamó, para decirme, que no parabas de desgastar todas las gomas de borrar que encontrabas a tu paso, porque te había dado por tener los dientes blancos.... Supe que algo no estaba bien.

—¡Uy! ¡Perdona mamá! Pero tenía cuatro años, y pensaba que cuanto más blanco era el utensilio con el que me los limpiara, ¡más me brillarían! —dejé caer cabreada.

Se hizo el silencio.

Rompieron a reír.

—¡Se acabó! ¡Estoy harta! —zanjé, mientras me levantaba—. Voy a hacer lo que sea para salir de esta casa, ¡empezando por encontrar una pareja!

—Bueno... Eso sí que va a ser un milagro. ¡Y no el de la virgen de Fátima!

—¡Pero vamos a ver! ¿Os creéis que no soy capaz de conseguirlo? Mañana empiezo a buscarlo; además, faltan dos meses exactos para la boda de Rebeca. Os juro que voy a esa boda, ¡con un hombre agarrado del brazo! —zanjé.

—¡Pero no vale comprarlo! —escuché gritar a mi padre, antes de que la puerta se cerrara, y decirle a mi madre: «Ya puedes ir cancelándole la tarjeta bancaria, que esta se presenta con un *Gijolo* (sí, literal), ¡y nos deja sin blanca!».

## 1 DE ABRIL

«¡Dios mío! ¡¿Para qué habré hablado?!», pensé, nada más abrir los ojos.

Y es que, si ya me había sido imposible encontrar una pareja en mi etapa de adolescencia (¡Y eso que dura cuatro años!), ¡como para encontrarla en dos meses exactos!

Era misión imposible, ¡estaba claro!

—Hola —dejé caer al entrar en la cocina, mientras cogía la taza del desayuno.

—¡Qué! —saltó mi padre, dándome tal susto que por poco parto la taza.

—¿Estás tonto o qué?!

—¿A qué hora llegaste anoche?

—Pues... pronto. Solo salí por la zona.

—Y, ¿con quién?

—Pues, con el novio de los viernes, ¿con quién va a ser?

—Mira, niña, ¡no te pases de lista!

—Es que de verdad papá; haces unas preguntas de un surreal...

—¡Ahí va! Que ahora es «surreal» —dejé caer, haciendo énfasis en la doble erre— saber lo que hace mi hija, y a qué se dedica cuando está fuera de casa, ¡toma! Mira, me parece perfecto que empieces a buscar un novio, pero si eso va a ser motivo, para que empieces a llegar a la hora que te da la gana, y a flaquear con los exámenes, será mejor que asumas que no has nacido para ello, ¡y te centres!

—¡Hugo! —saltó mi madre.  
—¿Qué, Penélope?! ¡Es verdad!  
—Bueno, vale ya. Tengo mucho que hacer así que, si me disculpáis —dejé caer, mientras me disponía a salir.  
—¡Au! —exclamó Nora, al chocarme con ella en la puerta.  
—Si es que siempre estás en medio, ¡idiota!

\*\*\*

Nada más llegar a la habitación, me dispuse a pasar a la acción.  
—«Citas por Internet» —teclé en el ordenador.  
En cuestión de segundos, me aparecieron cientos y cientos de resultados.

—¡Dios mío! ¡Qué estrés!—exclamé, mientras intentaba abarcar la cantidad de información que me estaba llegando.

De repente, una ventana empezó a parpadear, y yo, ¡inocente de mí! Le di «click», con toda mi buena intención. En cuestión de segundos, ¡millones y millones de ventanas empezaron a emerger! ¡Eso era peor que la publicidad del *Ali Express*! ¡Eso sí que era un bazar! Ahí había de todo; jóvenes pasados de gimnasio, que te insinuaban si querías divertirse un poco; hombres no tan jóvenes, que ya se consideraban la voz de la experiencia, y solo querían entretenerse un rato; otros tipos de personajes... Que ni eran jóvenes, ni experimentados... Tsss... Directamente, no sabría dónde catalogarlos.

Yo me empecé a saturar.

Sí. Porque aparte de ser un desastre en casi todos los campos, también soy de hartazgo temprano. ¡No tengo paciencia, ni para esperar a que se caliente el vaso de leche! Por eso siempre me la tomo del tiempo, haga calor o frío.

Pero no sé por qué, cuánto más intentaba cerrar las dichas ventanitas, más la liaba; y es que, ya no solo se me ofertaban haciendo posturas descaradas, sino que encima, ¡intentaban distraerme con sus sensuales voces, los enfermos! ¡Qué horror!



—¡Dios! ¡Cómo... se... para...! —me lamentaba, mientras arremetía con rabia contra el teclado.

—Oye cariño, que... —dijo mi padre, abriendo la puerta.

—¡Papá! —salté, pegando tal brinco de la silla que me empotré las rodillas contra el parqué.

—¡Pero hija! ¡¿Cómo puedes estar tan degenerada?! —exclamó, mientras ponía cara de horror—. ¡¿Ves?! Eso te pasa por no tener una relación normal con los chicos que... La gente dice que no pasa nada, pero... Si al llegar a una edad no te relacionas con frecuencia con ellos, ¡te desvías! ¡qué horror! ¡qué horror! —exclamaba, mientras se dedicaba a pasearse de un lado a otro de la habitación.

—¡Qué no, papá! ¡Que no es lo que te piensas! Que yo solo quería utilizar las herramientas que...

—¿Qué pasa? —saltó Nora, entrando a la habitación.

—¡Uy! ¡Cállate, no sigas! —zanjó mi padre—. Y tú, tápate los oídos, pequeña —dejó caer mientras enganchaba a mi hermana de la cabeza—. ¡Que encima me la perviertes!

\*\*\*

Por la tarde, volví a intentarlo. Y después de mucho bucear en Internet, por fin encontré algo que parecía estar hecho para mí. Nada más entrar, la página anunciaba lo siguiente: «¿Cansada de fracasos amorosos?». ¡Por supuesto que sí! «¿Frustrada de tanto amor que te juró que volvería a llamar?». ¡Uuuf, si yo te contara! Lo de los maridos que se van a por tabaco se queda corto, ¡comparada con alguna de las escasas (pero intensas) experiencias por las que he pasado! «¡Pues no busques más! En *Fall in love*, ¡tenemos la solución!».

Según iba pasando las páginas, no hacían más que aparecer fotos de parejas que contaban sus vivencias. Algo que me parecía un poco frívolo, la verdad; ¡parecía un anuncio de la Teletienda! Solo faltaba el final: «Puede pagar a su maromo con tarjeta de crédito

o contra reembolso, y si no queda contenta con el ser, dispone de quince días para devolverlo al almacén de los defectos».

¡Qué horror!

Sin embargo, la desesperación no es buena; y esta, juntada con las ganas locas de darle a todo el mundo un «zasca» en la boca, te puede hacer cometer actos que hasta hace poco pensabas que eran locuras, como empezar a quedar con desconocidos.

¿Qué?! Sé que está muy normalizado, pero a mí nunca me ha gustado, la verdad. Aunque, ¿por qué no iba a darle una oportunidad?

Así que, comencé mi andadura por el mundo de las citas.

El primer requisito fundamental que me pedían era el registro.

Me dispuse a escribir mi nombre, seleccionar mi edad, mi lugar de residencia, a qué me dedicaba; hasta ahí todo normal. Rellenar los espacios estaba siendo, ¡coser y cantar!

Hasta que llegó el paso de la temida pregunta abierta: «Haz una breve descripción sobre ti; tus gustos, aficiones, intereses... para que los demás puedan conocerte mejor».

¡Oh my god!

¿Quién soy? ¿Qué es lo que quiero? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué no puedo encontrar el amor?

¡Dios mío! Me estaban empezando a entrar los miedos.

Respiré hondo, y comencé: «Bárbara. Apodo *Baby*. Madrid. Dieciocho años. Estudiante de primer año de Filología Clásica y... pipipipipipi».

A ver, ese *pipipipipi* por supuesto que no lo mecanografié; solo quiero expresar los segundos en los que mi cerebro se quedó en proceso, hasta volver a retomar el hilo de lo que estaba escribiendo y es que... ¡No salía nada más!

Apagué la pantalla del ordenador, y me dirigí al espejo. ¿Pero qué estaba haciendo? De verdad, ¿a quién quería engañar? ¡No iba a poder hacerlo!

Como mujer, no estaba tan mal, a ver; metro setenta de altura, ojos claros, pelo castaño eso sí, ¡no había por dónde agarrar-

lo! ¡Qué espanto! Pensé, que si llegara a empezar en esto, ¡ojalá a mis citas no les gustase acariciar el pelo! Porque, como metieran la mano dentro de este estropajo que tengo como cabello... ¡Podían exponerse a quedarse sin dedos! ¡Qué lija, por Dios!

—¡No, no puedes hacerlo! —chillé, mientras tapaba el espejo con la manta—. Si no te aprecias a ti misma, ¿quién lo hará, eh? ¡Es la primera norma general!—me regañaba a mí misma, mientras no paraba de andar por toda la estancia.

Así que, tomé el toro por los cuernos. Revolví todo el armario, hasta encontrar el modelo adecuado, para subir una foto espectacular, que acompañara a mi gran descripción personal.

¡Uf! ¡Fatal!

La primera foto había sido un espanto; ahí salía yo, con la cara totalmente forzada. ¡No podía subir eso! ¡Iban a salir corriendo!

Lo intenté de nuevo, cambiando de modelo. ¡Dios! Lo que tenía que cambiarme, ¡era el gesto de la cara! Ahora parecía una señorita de compañía. ¡Nada!

¡Nada de sonreír! Me puse formal y... ¡Qué esperpento! Hasta en la foto del carnet de identidad tenía más expresión, ¡y eso que era bastante complicada de superar! Pero, ¡por fin! Después de cincuenta fotos, encontré la pose adecuada.

—Venga, vamos a ello. Una, dos y...

—¡Pero bueno! ¡¿Qué estás haciendo?! —se escuchó el grito de mi padre, al entrar en escena.

—¡Papá!

¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Comencé a escuchar el disparador automático de la máquina de fotos.

«Procesando imágenes» pude leer en la pantalla del ordenador, antes de que me diera el síncope.

—¡No, no, no, noooooo! —chillé, mientras me lanzaba como una psicópata a por el ratón, para intentar cancelar la acción.

Pero llegué demasiado tarde. Al mirar a la pantalla, ahí estaban mis fotografías subidas a la página, como no, ¡con mi padre salien-

do a mi espalda! Parecían los fotogramas de una película de terror, porque, según iban pasando las imágenes, ¡estaba más enajenado que en la anterior!

—¿Qué pasa aquí?! —entró mi madre en acción.

—Esta niña... —dejó caer mi padre con un susurro—. Hay que llevarla a un psiquiatra. De verdad, Penélope, que se nos ha descarriado... Está intentando venderse por ahí como...

—¿Qué?!

—¡Qué no, mamá! ¡Qué no le hagas caso! ¡Es que no sé para qué tienes que entrar en mi cuarto, la verdad!

—¡Uy! ¡Es que si no llego a entrar, hubieras sido capaz de vender tu alma al diablo!

—¿Pero qué estás diciendo, Hugo?! ¡Me estás asustando!

—La niña, que se estaba ofertando a los hombres en el Internet ese, ¡como si fuera un trozo de res en un mercado!

—¡Hugo! —exclamó mi madre, horrorizada—. ¡Bárbara! —volvió a entonar, ahora mirando hacia donde me encontraba.

—Qué fuerte... Qué fuerte... Qué fuerte...—entró en acción, ¡la que faltaba!

—¡Pero bueno! ¿Qué haces tú escuchando en la puerta?!

—Pues inmortalizando la escena —dejó caer, mientras movía el móvil de lado a lado—. Que luego cuando le cuento al psicólogo del instituto lo que ocurre en mi hogar, ¡se piensa que me lo he sacado de una película!

—¡Uy! Trae para acá el di...choso... tele...fo...nito...—emité, mientras luchaba por arrebatárselo a mi hermana.

—¡Aaaaah! —se quejaba ella—. ¡Esto es abuso de autoridad contra la libertad de expresión!

—Liber...tad de expre...sión.... Ya... ¡Ya ve... rás el bofe... tón!

Una vez de vuelta a la calma, me sumergí en la tarea de nuevo.

Y después de arreglar el desaguisado, y al cabo de un rato de estar indagando, di con uno que parecía bastante interesante.

Su perfil decía así: «Marcos. 24 años. Grado en estudios de Restauración. Cursos de cocina en la escuela *High cook* de London, *New cooking style* de New York, curso de repostería superior en *Sweet de París*... Me quedé alucinada. Era perfecto.... ¡Hasta el final! Que fue lo que me terminó de convencer, de que verdaderamente iba a dar con un español, y no con un americano: «Trabajo en *Bar Casa Aurelio*».

Por lo demás, cualquiera hubiera pensado que este chaval vivía al otro lado del charco. Además, el chico parecía mono, la verdad; así que no me lo pensé dos veces, y contacté con él.

La conversación no se nos dio mal, y al cabo del rato, me propuso quedar para conocernos el siguiente sábado.

—¡Ay, Dios míoooo! —salté entre suspiros, nada más pisar la cocina.

—¿Qué te pasa? ¿Te has enterado de que eres adoptada? —dejó caer Nora, sin levantar la vista de la pantalla de su móvil.

—¡Me da igual hermanita! ¡Hoy todo me importa un rábano!

—Buenoooo... Controladle las pastillas que se toma para relajarse en los exámenes que... Yo creo que llevan más cosas aparte de la pasiflora —dejó caer.

—¿Qué ha pasado?! —saltó mi madre.

—Tengo una cita para el sábado.

—¿No?! —exclamó mi padre, aparcando el *Marca* a un lado.

—¡Sí!

—¡Pero bueno... no me lo creo! A ver, ¿a qué pobre incauto has engañado?

—¡Ay, papá hijo! ¡Qué cenizo! Pues que sepáis que es encantador; se llama Marcos y tiene el Grado en Restauración.

—¡Buah! Otro perro flauta como tú —sentenció, volviendo al *Marca*—. Ya ves; la estudiante de lenguas muertas, y el arreglador de edificios en ruinas. No, si... desde luego, ¡la pareja perfecta!

—¿Pero, qué dices, papá?! Si no sabes lo que es, ¿para qué hablas? Restauración, es cocina hijo. ¡Parece mentira!

—¡Anda! —dejó caer, mientras aparcaba de nuevo el periódico—. Eso está bien, mira. Por lo menos, en casa, ¡no faltará la comida! Aunque tienes que tener cuidado hija.

—¿Por qué?

—Porque tienes tendencia a engordar. Y como este guise bien, en cuatro platos de más, ¡te pones *trofollo*, verás!

—Mi hermana rompió a reír.

—¿Te imaginas?! A ver si empiezas con un cocinero, y tienes que terminar con un cirujano plástico, ¡pero para que te arregle el desaguisado!

Ahora las risas eran generales.

—De verdad, que en esta casa se le quitan a una las ganas de contar sus planes. ¡Qué familia! Me piro a la cama para que podáis terminar de despellejarme, ¡chacales!

## 8 DE ABRIL

Hoy era el día. Sí. Empezaba mi aventura en el mundo de las citas, con el objetivo de encontrar a una pareja a la que llevar del brazo el día de la boda de Rebeca. Y si de paso, era el amor de mi vida, pues mira, ¡mucho mejor!, ¿no?

—¡Qué me pongo! ¡Qué me pongo! —le gritaba histérica a mis amigas, a las que había invitado a mi humilde morada para compartir los momentos de estrés previos a la cita.

—¡Ay tía, tranquila! Si esto es una tontería —saltó Violeta, una de mis amigas—. Tú lo que tienes que hacer, es mostrarte natural. ¡Tal cual eres!

—¡Uy, quita tía! Lo que quiere es que le llegue hasta la boda y, si puede ser de paso, ¡algo más! Si se muestra como es... ¡Le asustará! —rompió a reír Natalia, metiendo baza.

—¡Pero qué arpías que sois! Tú no las hagas ni caso —intervino Sara, cogiéndome de las manos.

—Mira, yo creo que lo que debemos hacer es llamar a Gonzalo —sentenció Marta.

Sí. Para mí Gonzalo, era como un hermano. Nos conocimos en Primaria y desde entonces, nunca nos hemos separado.

Sonó la señal.

—¿Sí?

—¡Gonzalo! —saltó la coral al unísono.

—¡Hombre! ¡Qué grata sorpresa, princesas! ¿A qué se debe esta llamada? ¿Tenemos fiesta de pijamas? —dejó caer entre risas.

—Ja ja ja, ¡qué bobo! Ya te gustaría, ¡y que esta llamada fuera la invitación a participar en ella! —saltó Natalia.

—¡Oh, por favor! No sé si podría soportar tanta belleza.

—Escucha Gonzalo, tenemos un problema. Se trata de Baby.

—¿Baby? ¿Qué le pasa a Baby? —dejó caer preocupado.

—¡No me pasa nada! Solo que no puedo librarme de estas pesadas —intervine.

Risas al otro lado.

—Ya te dije que nos escapáramos tu y yo hace muchos años... ¡Pero no me hiciste caso!

Sonreí.

—Bueno, sí —saltó Marta, cortando la tensión que se había producido con cuatro palabras—. Dejemos las confesiones para los rollos de *teletfilm*. Escucha, Baby tiene una cita; tú como hombre que la conoces, ¿cómo crees que se debería mostrar?

Silencio al otro lado de la línea.

—Hola... ¿Gonzalo?... ¡Hello! —empezó a decir Violeta.

Gonzalo suspiró.

—Desde luego, ¡este chico es tonto! —saltó Sara—. ¡Yo no sé para que te queremos, la verdad!

—¡Sara! —exclamé.

—¡¿Qué?!

—Mira Gonzalo, ya sabes cómo son. ¡Qué te voy a contar, que no conozcas ya! Que...

—Sé Bárbara —se escuchó decir.

—¿Qué?

—Mi consejo es que seas Bárbara. Pero no la Baby que se muestra comedia cuando entra en contacto por primera vez con alguien, no. La Baby que en cuanto coge confianza, ¡es una mina! Y te hace sentir la persona más importante del mundo en cuestión de segundos.

Silencio.

Nuestras caras eran un poema.

—Gonzalo...



—Pásalo bien. Y si no sale bien, no te disgustes ni te eches la culpa; lo que pasa es que no estamos acostumbrados a encontrarnos con algo tan bueno a diario, y no sabemos cómo tratarlo. Te llamo mañana. Te quiero. ¡Y a vosotras también, aunque no tengáis sentimientos! —saltó entre risas antes de colgar.

—Jo... der —dijo Natalia, después de una pausa tan larga que se me hizo eterna.

—No tendré sentimientos pero... ¡Me ha dejado helada! —concluyó Marta.

—Si es que Gonza, ¡tiene una labia! —intervino Violeta—. ¡No sé cómo pudo dejarle Sonia! Te digo que no va a encontrar otro igual, verás.

—Pues yo sí puedo hacerme una idea de por qué Sonia no quiso continuar —dejó caer Sara sin dejar de mirarme.

En cuestión de segundos, todos los ojos estaban puestos en mí.

—¿Qué? —dejé caer extrañada—. No pensaréis que yo... tengo la culpa, ¿verdad? ¡Porque no hice nada!

—¡¿Cómo que no?! ¡Volverle loco casi desde la cuna! Si te parece poco maja...

Me quedé callada.

—¡Bueno, venga! ¿A qué esperas?—saltó Marta—. Llegarás tarde a tu primera oportunidad.

\*\*\*

Eran cerca de las nueve cuando me dirigí al lugar de encuentro. Nada más entrar en el restaurante, fui a la barra.

—¿Desea algo de tomar?

—No, gracias. Estoy esperando.

De repente, un hombre entró dando voces al teléfono.

—«¡Pues me da igual! ¡Siento mucho que se haya roto las piernas por lanzarse a la carretera a salvar a su perro! ¡Le necesito en su puesto ya mismo! ¡Mañana por la noche es la recepción, y no podemos cometer fallos!».

Me giré asustada.

—¡Dios! ¡Panda de inútiles! —seguía rezando.

De repente, nos quedamos mirándonos.

—¿Baby? ¿Eres Bárbara?

Yo me quedé callada mientras lo analizaba.

¿Quería hacerlo o no? ¡Venga! Si me estaba echando para atrás, esta era mi oportunidad de fingir otra identidad, y salir huyendo del lugar.

—Sí.

¡Dios! ¡¿Pero cómo puedo ser tan tonta?! Si es que ya me pasaba desde pequeña, ¡siempre se me ha dado fatal mentir! Cuando suspendía algún examen, me prometía no contarle hasta haberlo recuperado, pero siempre acababa confesando, a pesar de no ser ni preguntada por los resultados.

—Encantado, Bárbara —dejó caer, mientras me plantaba dos besos.

¡Dios! El olor me resultaba familiar... ¡No! Era la colonia que usaba mi padre.

¡No! Esto no empieza bien. La primera cita de mi proceso, y pienso en mi padre, ¿en serio?

—Vamos a sentarnos —dijo.

Al llegar a la mesa, me ofreció el asiento.

—Gracias.

—Bueno, y, ¿qué tal, Bárbara? ¿Qué tal ha ido la semana?

—Bien... Bueno, con muchos trabajos de universidad y eso.

—¡Es verdad! Me habías dicho que estudiabas Letras Clásicas, ¿no?

—Sí, las lenguas muertas son mi especialidad. Latín y Griego. Se empezó a reír.

—¡Dios mío! Ahora, en serio. Dime que fueron tus padres los que te obligaron a estudiar eso.

—¿Qué? —dejé caer, algo desconcertada.

—¡Pues eso! Que no creo que hoy en día haya mucha gente, y menos de nuestra edad, interesada en esa rama. Bueno, yo soy un

poco más mayor que tú, ¿no? Porque, me dijiste que estabas en primero.

Asentí.

—Pues para mí el mundo de la restauración lo es todo. Tener un buen conocimiento del arte culinario, ¡es indispensable! ¿A ti te gusta la cocina?

—Pues la verdad es que... ¡Nunca me he frito ni un huevo!

Puso cara de estupor.

—Pero vamos, que estoy abierta a aprender.

—Disculpen —se escuchó la voz del camarero—. ¿Los señoritos han pensado que van a pedir?

—Sí —dejé caer—. Yo...

—Si me permites —me interrumpió—. Me gustaría pedir por los dos. Así es más sorprendente.

Me quedé callada.

—Nos vas a traer —dijo, dando un vistazo rápido a la carta—, *raviolis* de boletus en su crema, jardinera de verduras a la parmesana, *magret* de pato a la naranja, merluza en salsa verde, un Alvariño, y otro de Ribera del Duero.

¿Hola?

—Lo siento, pero yo quiero una Coca-Cola.

—¿Una Coca-Cola? ¿En serio? —dejé caer con cara de decepción—. Bárbara, es un pecado tomar un *magret* de pato con una Coca-Cola, ¡y una ofensa para el paladar!

—Ah... Pues me parece genial, pero es que, ¿quién te ha dicho que me vaya a comer al tal *magret*? —dejé caer un poco ofendida, la verdad.

—Tssss —emitió—. ¡No digas eso tan alto! Este es un buen sitio al que poder acceder algún día, si logro salir de ese antro.

—¡Ah, sí! Es cierto. Del bar ese en el que trabajas... Cómo era... ¿Casa Pepe?

—¡Tsssss! —volvió a chistarme—. ¡No lo nombres tan alto! Además, no es Casa Pepe, es Aurelio —siguió, con el mismo tono de voz.

—Bueno, sí... Genial... —dejé caer sin ningún interés—. ¡Ah! ¡Por favor! —chillé, mientras me giraba para llamar la atención del camarero, que se acercó a la velocidad del rayo—. Hágame el favor de traerme una Coca—Cola.

Marcos agachó la cabeza, muerto de vergüenza.

A los diez minutos, empezaron a llegar los platos.

—¿Raviolis? —dejó caer el camarero, esperando el permiso para colocarlo.

—Pues no sé... Colóquelos por donde pueda porque total, ¡como lo ha pedido todo el! —dije, rompiendo a reír.

Él me miró serio.

—Bueno, venga —intenté romper el hielo—. Sírveme una copa de vino, que voy a ver qué tan delicioso es.

—¿En serio?

—¡Sí! Por intentarlo...

Marcos comenzó a echarme la copa.

—Oye, pues no está mal —fingí, a pesar de que me supo a rayos.

—¿A que no? —dejó caer emocionado—. Pues estoy trabajando en un nuevo plato que tenga de base este sabor. Se trata del típico rabo de toro como dice la gente vulgar, pero llevado al máximo de la cocina minimalista.

—¡Ah, claro! Y, ¿cómo le llamarás? Fran... ¡Ribera! —salté, rompiendo a reír con tal fuerza que hasta los de al lado tuvieron que agarrar la mesa—. ¡Qué bueno! —seguí en mis trece, muerta de risa—. Como es Ribera el vino... y el torero... Rabo de toro... —le explicaba con gestos a los de la mesa de al lado.

Pero no.

En la alta sociedad, los chistes malos no debían causar buena impresión; porque me miraron con una cara... ¡Que por poco me fusilan con la mirada!

Decidí beber.

—Bueno... —dejé caer, tras un incómodo silencio—. ¿Qué más me cuentas? ¿Cuáles son tus aficiones aparte de la cocina?

—Mmm —emitió—. ¡Esto está delicioso! Pruébalo —saltó, mientras me acercaba tanto el tenedor que casi me saca un ojo.

—Que no... De verdad... —contesté, mientras luchaba por retirar la cara.

—Por favor... —rezaba, mientras no paraba de recrearse.

—Bueno, y...

—¡Dios! Tengo que preguntarle al chef como ha logrado esto —saltó, lanzando el tenedor contra el plato, y saliendo escopetado hacia la cocina.

No lo podía creer.

Ahí le observaba; a través de los ojos de bueyes de las puertas que daban a la cocina. Danzando de un lado a otro entre los cocineros, mientras que no paraba de anotar como un loco en un bloc de notas con el que se había hecho.

—¡Por favor! —interrumpió en la estancia uno de los cocineros, lanzando el gorro al suelo—. ¡Que alguien saque a este ser de mis fogones!

—¡Chef! ¡Chef! —se escuchó detrás, la voz ahogada de Marcos, segundos antes de que esquivase el golpe de una de las puertas vaivén, que por poco le atiza en la cara—. ¿Cómo ha logrado esa textura en la crema? ¡Por favor! —le exigía, mientras le perseguía como un loco por toda la estancia.

¡Hasta aquí había llegado!

Recogí el bolso y salí del restaurante, dispuesta a pedir un taxi y huir del lugar.